

De D. ARTURO MASRIERA Y COLOMER (*ingresó en 8 de junio de 1924*).

## «BUENAS LETRAS» Y «PRIMERAS LETRAS»

(*Recuerdo infantil*)

En 1864, el amplio y suntuoso local que hoy alberga nuestra Real Academia de Buenas Letras fué alquilado a un colegio particular que, con la Advocación de San Luis, dirigía el insigne y olvidado pedagogo don Federico Roig. Las mismas murallas vetustas, la misma torre del homenaje y la misma escalinata de honor, de la morada de los Condes de Palamors, contemplaban un bullicioso enjambre de muchachos alumnos de primeras letras, que por ser aquel colegio el más próximo a nuestros domicilios, lo escogieron nuestros padres, a falta de otro, quizás, más confortable y aristocrático. En número y calidad (dicho sea sin jactancia) representábamos algún valor en la vida barcelonesa de antaño. En una dependencia del torreón vetusto, y del segundo piso, estaba establecida la clase de párvulos. Ninguno de los que la formábamos tenía más allá de cinco años. Sentaditos en unos pobres bancos de madera, oíamos al maestro pasante, señor Matas, con su levitón raído, barbas blancas y lentes de latón, inculcándonos los principios del deletreo, junto con la narración de alguna parábola bíblica, las partes del mundo, los ríos de España, los meses del año y los puntos cardinales. Éramos unos cincuenta, y de aquella clase primitiva, tan infantil como nosotros, salieron dos obispos (Estalella y Pol), dos generales (Martínez Illescas y Araoz), diez abogados (Valls y Vicens, Vilaclara, Noguera, Tort y Martorell, Agulló, Rahola (Federico), Serraclara y Casas), ocho médicos (Alcobé, Gelpí, Samsó, Roig, Rahola (Víctor), Boy, Oller y Sardá), seis ingenieros, tres arquitectos, dos sacerdotes y... cuatro *Mestres en Gay Saber*. Había, además, entre nosotros, el que después fué el eminente barítono Ramón Blanchart, y el malogrado poeta José Casas y Amigó. De los cincuenta... sólo dos hemos llegado a ser

Académicos en la misma casa en donde fuimos de primeras letras.

De aquella hermosa y selecta agrupación infantil creo que sólo somos tres los sobrevivientes. De los que, en comunicativa algazara, subíamos los peldaños de la escalera principal, de tres en tres, y los bajábamos de cuatro en cuatro, ninguno llegó a vaticinar que, sesenta años después, allí mismo, en donde aprendimos «primeras letras», llegásemos a cultivar las «buenas letras», que nuestra Academia difunde. Entre «primeras» y «buenas», no puede haber antítesis, ciertamente, y cuando el ánimo reflexivo e imparcial considera cuánto estudio, cuánto esfuerzo y cuánta constancia representan los trabajos de las ocho o más generaciones que en esta docta casa han difundido, desde las especializaciones históricas (que son la base de su labor), hasta las diversas ramas de la buena y bella literatura; el último de los Académicos numerarios, que en nada ha enriquecido el copioso acervo de vuestras publicaciones, pero que ha podido aprovecharse, no poco, del caudal de ciencia y doctrina que en la labor académica de dos siglos habéis atesorado, bien puede hoy corear, al subir fatigosamente vuestra archisecular escalera, el recuerdo plácido de los días de su niñez, en que aprendió las «primeras letras», en el mismo sitio en que hoy tan brillantemente se cultivan las «bellas» por excelencia.